

Cuando la Celestina asume el Rol Protagonístico

Otra historia contada por Diego Pareja Heredia

A Sandra Natalia: la incansable lectora

Pocas veces se cuentan historias sobre hechos reales que involucran a los más cercanos parientes del narrador. En mi caso la historia gira en torno a mi madre cuando perdió a su más grande soporte y estímulo permanente para su vida: mi padre, un destacado dentista en San Pablo, Nariño. Como lo referíamos en la precedente historia, mi madre quedó viuda en el año de 1942 con una familia de ocho hijos, Carmen Libia, la mayor de doce años; con compromisos profesionales por cumplir y con la promesa hecha a mi padre de educar a sus hijos.



Foto 1. Mamá Zoila junto a su hijo mayor Fernando Pareja Heredia, ingeniero forestal que murió tempranamente en un accidente de aviación en 1974. Foto de los años de 1950 tomada frente a la casa de arriba y Fernando con la vista en el cerro del Púlpito que muestra la foto2.

En esa época, la educación era netamente elitista por razones económicas y por ausencia del estado en esas alejadas regiones de la nación. Las niñas tuvieron la suerte de disponer de un

colegio regentado por monjas para cursar la primaria y algunos pocos años de educación media. Los varones solo disponían de pocos años de educación básica. Por ejemplo, mi padre quedó sólo con el bagaje cultural que le transmitió en los tres años de primaria un magnífico maestro a quien, desde aquí quiero rendir mi más significativo homenaje: el profesor Azael Bolaños. Además de ser un gran docente, fue pintor, poseedor de gran cultura y con un destacado don de gentes.

Característica de esos tiempos era una marcada discriminación social de la gente del pueblo con la población del campo, principalmente por su escasa educación (la inmensa mayoría eran analfabetas) y por su ausencia de recursos económicos, visible en su vestimenta y en su alimentación que consistía en productos como la batata, arracacha, guineo, ollucos y raramente carnes de res o pollo. La carne de cerdo era una exquisitez a la cual el campesino no podía acceder sino en pocas ocasiones. La educación llegaba en forma confesional patrocinada principalmente por la iglesia y por pequeños aportes del municipio. La masificación del sector educativo solo inicia a partir de los años de 1930, en la presidencia de Enrique Olaya Herrera con su proyecto de educación laica que vino a chocar con el monopolio que la iglesia tenía en el ramo educativo.

Traigo a colación lo anterior en cuanto que, en nuestra familia Pareja ocurrió un hecho que impactó a la sociedad sampableña: el matrimonio de la tía Romelia Pareja con una persona de extracción campesina. Los encopetados hermanos Pareja, particularmente Liborio, Ramón y Plácido no concebían tener en su familia a un campesino. Este matrimonio aisló a la tía Romelia de sus hermanos hasta la muerte. Nunca la visitaron.

Aunque campesino, don Bautista Bolaños, el esposo de la tía Romelia, me pareció siempre una persona respetable y cariñosa con nosotros cuando lo visitábamos en nuestra infancia. Don Bautista, en una relación anterior tuvo un hijo, Germán Bolaños, nacido en 1917, quien pasó a vivir con la pareja en la pequeña finca de su propiedad en la vereda conocida en esos tiempos como Las Juntas. Germán en su juventud ayudaba a su padre en labores agrícolas y en ocasiones trabajaba como jornalero. La vida de Germán tomó un giro que solo el destino puede explicar. Con el pretexto de una calza para un diente, la tía Romelia lo llevó al gabinete dental de mi mamá.

El gabinete dental funcionaba en un local de nuestra casa situada en el sector céntrico de San Pablo, justamente al respaldo de la iglesia parroquial. En esa casa, nacimos todos los hermanos Pareja Heredia. No era una casa muy amplia y la familia crecía rápido, por lo que mi papá decidió construir una casa más amplia con buen solar en un lote de la periferia del pueblo. La muerte no le permitió verla terminada y fue con esfuerzos de mi mamá que logramos terminarla y pasarnos a la que dio en llamarse la casa de arriba. No olvido el despertar al día siguiente al trasteo: cuando al contar las vigas del techo, como era mi costumbre al abrir los ojos en las mañanas, descubrí que las cuentas no daban. No era la pieza donde me había dormido la noche anterior. Me dijeron que el traslado se había hecho la noche anterior, cargando a la chiquillería dormidos en su respectiva cama.

La tía Romelia, en cierto sentido con el deseo de ayudar a mi mamá, propició las visitas de Germán a la dentista que por esos años pasaba dificultades con la administración de la casa,

el trabajo y el cuidado de los hijos. Un buen día del año 1944, los hijos huérfanos amanecimos con padrastro. Mi mamá se casa en segundas nupcias con German Bolaños, el hijo de don Bautista, el esposo de la tía Romelia. Otro escándalo en el pueblo, la viuda de José Euclides Pareja se casa con otro campesino y de las Juntas para más veras, como se dice por acá. Los hermanos Pareja pusieron su grito en el cielo. Pero por el lado de los Heredia las cosas no fueron distintas. El tío Jacob, hermano de mi mamá se atrevió a ir a la casa a insultarla y tratarla mal. Consecuencia de eso, el tío se fue del pueblo y desapareció por muchos años.

A raíz del matrimonio de mi mamá con Germán, a nosotros, los hijos del primer matrimonio empezaron a molestarnos en la escuela llamándonos junteños o apristas (asumo porque despectivamente se llamaba así a los peruanos, por el conflicto limítrofe entre Perú y Colombia de los años 1930). La infancia transcurría sin mayores contratiempos, ahora con la representación de una figura paterna y una nueva casa en la periferia del pueblo donde mi mamá se sentía lejos del chismorre del pueblo.



Foto 2. El paisaje que miraba de niño desde la casa de arriba. La zona boscosa en la base del cerro cubre el antiguo camino de los indios que unía La Cruz Nariño con Pasto y que continuaba hasta Cusco.

La casa de arriba gozaba de una vista preciosa al Púlpito, el cerro tutelar de nuestro pueblo. De niño tuve siempre la curiosidad de saber por qué, una raya horizontal atravesaba de un lado al otro la base del cerro. En una ocasión le pregunté al tío Fidel, hermano de mi mamá, la razón de esa marca en el cerro. Lacónicamente me contestó: ese era el antiguo camino de los indios. Años después, al estudiar las culturas precolombinas entendí lo que mi tío me dijo. El imperio de los incas incluía buena parte del sur de Colombia. Y esa raya que yo observaba en mi niñez era uno de los caminos que conectaba Cusco con el “Chinchaysuyu”, la parte septentrional del gran imperio.

Lo anterior me dio pie para pensar que el apelativo de “chinchanos” (oriundos del Chinchaysuyu) a nuestros vecinos de La Cruz, era consecuencia de que en ese lugar existió una posta del imperio Inca. El Tahuantisuyu inca era un imperio de cuatro cuarteles: el Antisuyu (los Andes), al este; el Contisuyu (la costa del Pacífico) al oeste; el Collaysuyu al sur (Chile y Argentina) y el Chinchaysuyu al norte (Ecuador y sur de Colombia), y justo en el centro estaba, el “ombligo del imperio”, **Cusco**. El río Mayo, que pasa por nuestro pueblo lleva ese nombre desde el tiempo de los incas, pues en quechua, río se dice *mayu*.

Nuestra casa de campo en Circasia lleva el nombre de Ollantay como recuerdo del general incaico que se atrevió a enamorar a la hija del emperador inca Pachacutec de nombre Cusi-Ccoyllur (*Lucero Hermoso*) y como resultado de ese amor nació Ima Sumac (*la más hermosa*).

La historia del Ollantay quindiano vale la pena ser contada, pero será en otra oportunidad cuando coincida: el tiempo y el buen ánimo del narrador.

En Ollantay, Vereda San Antonio, Circasia, Octubre 8 de 2025.